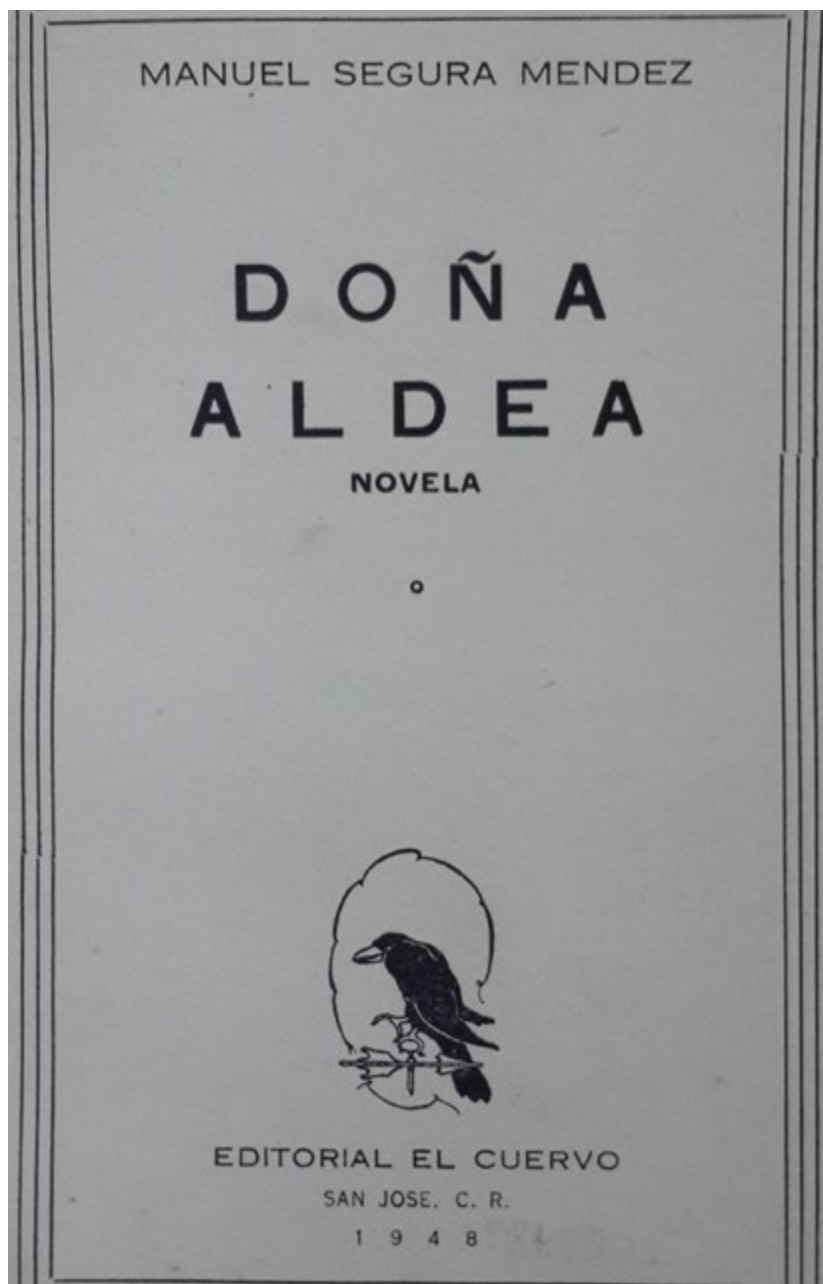


1 Doña Aldea

Manuel Segura



Sabía que Manuel Segura era un poeta; un magnífico poeta. Nunca creí que hubiera orientado sus actividades literarias hacia la novela. Confieso que me sorprendí cuando un amigo muy estimado me dijo que, entre las obras novelescas aún no editadas, debía estudiar una de Manuel Segura.

Como mis deseos, al iniciar estos estudios, fueron los de leer con atención y comentar con cariño cuanto se hubiera escrito en Costa Rica en el género, pedí al poeta que me facilitara el original de su Doña Aldea; accedió con la amabilidad que le es característica.

La novela se inició con la llegada a la aldea - protagonista del relato- de un bullicioso grupo de saltimbanquis. Termina la narración cuando las inquietas lonas del circo son desarmadas y las carretas que conducen la alegre banda de gimnastas y de domadores se van alejando de la plaza que ahora parece incompleta.

Es sugestiva la idea. Las antorchas que cuelgan de los mástiles que sostienen la carpa, dan, en toda función de circo, impresionante toques que muchos tienen de fantasmagoría; enrojecen los millares de rostros encienden las pupilas maravilladas, proyectan sombras gigantescas sobre la lona que el viento se complace en mover en mágica oscilación traviesa.

Surge en el espíritu el mito de la caverna platónica. La pista y el anfiteatro se transforman en un lugar propicio a las revelaciones, a las apariciones. Sitio en el que todo es misterio.

Nadie quiere explicarse el porqué de las sombras fugitivas, al parecer reales. En verdad, no son sino sombras que obedecen al capricho de unas llamas cuyo fuego no sabemos quién alimenta.

Cada artista que aparece es, a nuestros ojos, un evocador de maravilla. Todo movimiento, en la pista, presenta algo de prodigio. A pesar de la ilusión, que mucho tiene de turbadora, comprendemos que cuanto allí nos sorprende, no es sino realidad. Basta recordar que todo mito es una imagen, falsa como toda imagen, en el fondo de la cual se agita la verdad eterna.

Será, pues, un símbolo de llegada del circo a la aldea en los momentos en los que se inicia el relato. ¿Tendrá un significado aquel adiós de los saltimbanquis en las últimas escenas del drama?

En la aldea todo es paz serena, honda mansedumbre. Allí hay más laboriosidad, más confianza, porque allí se encuentran menos complicaciones, se nota menos frivolidad.

Arriba un cielo que, misericordioso, se tiende sobre la diminuta población. A un lado, la cordillera vigilante femenina; a ratos, amiga, en ocasiones, rival: ambiciosa siempre, nunca satisfecha.

Abajo la aldea tranquila, risueña, sin mayores problemas. Allí se trabaja con amor. Se reza sin pedir otra recompensa que el pan de cada día. Se promete sin reservas de ninguna especie. Todos están enamorados de sus milpas, de sus cafetales diminutos, de sus trapiches que crujen, de su iglesia sin terminar, de la carretera que parece nacer en la orilla misma de la plaza y se pierde, allá a lo lejos, como buscando la sombra de la cordillera.

En la aldea, el sortilegio de la achinadita Mariana, el embrujo oloroso a heliotropo de Irene y la santidad sin límites de la delicada Marita.

Irene pareciera enemiga del pueblo en el que nació. Hay en ella una constante inquietud hacia lo extraño. Siente la fascinación de la ciudad en la que adivina misterios que provocan, rarezas que entusiasman.

No le satisface la vida de constante rutina que se lleva en la aldea. Misas domingueras con sermones aburridos. Rosarios a media luz en las tardes soñolientas. Corrales de inquietud desesperantes. Carretas bulliciosas, arrastradas por bueyes melancólicos. Visitas que se prolongan y que nada dejan en el espíritu. Café humeante en tazas incompletas. Necesita algo más: lo desconocido, lo inesperado.

Esa manera de sentir la propia aldea hace que la muchacha no acepte el amor, tan sencillo como sincero, que le dedica Marcial. Por su parte, él no logra comprender por cuáles razones Irene necesita pensar hacia afuera, proyectarse lejos de la aldea, volcar su conciencia en conciencias extrañas.

De afuera, de la ciudad vecina, llega quien ha de arrancarle a Marcial, las simpatías de Irene. Comprende su derrota. De ese fracaso, trata de huir hacia la montaña, lejos de las conversaciones que, en la tienda, se deshacen, de bostezo en bostezo, de saludo en saludo.

Por la indiferencia de una zagala hermosa cual pocas, Marcial es inconstante en su amor hacia la propia aldea. Sugestiva es la descripción de los paisajes diversos que, en la peregrinación mañanera, van presentándose ante los ojos del enamorado que no puede olvidar y que, antes de partir, no pide amor,